

filosofía del progreso fatal que nos dice: «nos basta vivir para llegar á ser mas perfectos que nuestros padres;» esa filosofía justifica todo cuanto *ha sido* en favor de lo que *está por ser*. Por mi parte estimo en muy poco lo que *ha sido*, y confieso que lo que *está por ser* me inspira mediana confianza. Yo solo conozco una filosofía de la verdadera historia, y es la que dice al hombre: «Eres libre, pero sometido á leyes superiores; tienes allá arriba un Dios que te ha creado libre, pero responsable en tu persona y en la de tus hijos. Cuando llegue el mal podrás dejarlo llegar encerrándote en tu egoismo; pero si aquel no te alcanza hoy, te alcanzará mañana.»

En otros términos, la verdadera filosofía de la historia es la que nos muestra la ley divina de la responsabilidad, ó mas bien dicho, á Dios mismo, reinando en el mundo por sus eternas leyes, haciendo salir del mal el remedio, y conduciendo al hombre al culto de la justicia y de la verdad por medio del sufrimiento.

LECCION XXVI.

ACONTECIMIENTOS DE 1776.

SEÑORES:

Recibida la declaracion de independencia, Washington la mandó comunicar al ejército en la órden del dia, del 9 de Julio de 1776 como un estímulo para excitar á los oficiales á portarse con valor y fidelidad. «Debian comprender, les decia, que la paz y la salud del país dependian del éxito de las armas; que servian á un Estado que podia recompensar su mérito y hacerles participar de los honores de una patria libre y feliz.»

Al dia siguiente escribia al Congreso de Filadelfia: «No nos es dado determinar cuáles serán las consecuencias de las resoluciones que hemos tomado; pero depende de nosotros adoptar medidas que bajo la proteccion de la Divina Providencia, deben contribuir á nuestra dicha. Creo que las últimas medidas tomadas por el Congreso contribuirán á asegurar la libertad de nuestros derechos, que nos han sido desconocidos á pesar de la naturaleza y del espíritu de la constitucion británica. Conforme á la invitacion del Congreso, he cuidado de proclamar la declaracion en presencia del ejército; ha producido el mejor efecto; oficiales y soldados han aplaudido con entusiasmo.»

Entre los soldados y el pueblo produjo un efecto tan vivo, que ocasionó algunos desórdenes. En Nueva-York se derribó una estatua del

rey George, elevada en Broadway; se le quita la cabeza, y como era de plomo se hacen balas de ella para el servicio de la independencia.¹ Washington en una orden del día reprueba esta necia venganza. «El general espera con confianza que todo oficial y todo soldado se esforzarán por vivir y obrar como conviene á un *soldado cristiano* que defiende los derechos mas caros y la libertad de su patria.» Desde el primer momento se conocia que habia á la cabeza del ejército y del país un hombre nacido para el mando.

Algunas horas despues de la proclamacion, el almirante lord Howe llegó á Sandy-Hook. Howe traia instrucciones pacíficas, y á pesar del giro que las cosas habian tomado, dirigió una proclama al pueblo para anunciar el objeto de su mision. «Venía á América, decia, no como destructor, sino como mediador.» Despues de esta proclama dirigió una carta amigable á Franklin, que en Inglaterra habia vivido íntimamente con la familia de Howe.

La respuesta de Franklin de 31 de Julio de 1776 es de las mas duras. «Ofrecer el perdon á las colonias que se ha ultrajado, es, en verdad, demostrar que se nos cree todavía en la ignorancia, la bajeza y la insensibilidad, que vuestra ciega y orgullosa nacion hace tiempo nos supone. Imposible es que pensemos en someternos á un gobierno que con la mas insigne barbarie ha quemado en la fuerza del invierno nuestras ciudades indefensas; ha excitado á los salvajes á asesinar á nuestros labradores pacíficos, y á nuestros esclavos, á sus amos; que aun en este mismo momento nos envía extranjeros mercenarios á inundar de sangre nuestras provincias.»

«Aun cuando á nosotros nos fuera posible olvidar y perdonar, vosotros como ingleses no podríais perdonar jamas á un pueblo á quien habeis tan cruelmente ofendido..... El recuerdo del mal que nos habeis hecho, os pondria en la necesidad de ser tiranos y de emplear todos los medios para impedirnos adquirir fuerza y prosperidad.»

Franklin agregó, que una sola cosa era posible; la paz, es decir, el reconocimiento de la independencia americana; y esto, decia, ántes que hayamos contraido alianzas extranjeras; la Inglaterra ganará un extenso comercio, que la guerra hará desaparecer.

Franklin recuerda que á pesar de todas las calumnias de que fué

¹ Washington Irving. *Vie de Washington*, página 529.

objeto en Inglaterra, nadie se esforzó por mas tiempo que él en que el imperio británico conservase *este magnífico vaso de porcelana*, que una vez roto, no puede componerse, perdiendo la mitad de su valor; recuerda á lord Howe que él, Franklin, ha llorado de alegría en Londres cuando creyó posible la reconciliacion; pero que ahora era demasiado tarde.

«Considero, decia al concluir, que la guerra que nos hacen los ingleses es injusta, y al mismo tiempo insensata. Estoy convencido que la posteridad fria é imparcial condenará á la infamia á los hombres que la han instigado: la victoria misma no podrá borrar la mancha de los generales que voluntariamente se empeñasen en atacarnos.»

Antes de recibir esta respuesta, lord Howe envió á Washington un parlamentario con otra carta, en cuya cubierta se leia: «*A Mr. George Washington Squire.*» El coronel Reed contestó que no conocia á nadie de este nombre en el ejército. Lord Howe, general inglés, enviado á una colonia insurreccionada, no queria reconocer á Washington un título revolucionario, y por su parte Washington rehusó recibir un mensaje dirigido á un simple particular. «Jamás sacrificaré una cosa esencial á una etiqueta vana, decia al Congreso; pero por mi país y por mi posicion, he creido que debia insistir sobre una señal de consideracion, en la que no me habria fijado si el honor del país no estuviera comprometido.»

El Congreso aprobó tan justa susceptibilidad, y las negociaciones quedaron rotas desde el primer día.

En el momento en que Washington hablaba con esta altivez patriótica, estaba en una situacion difícil y no se hacia ilusiones sobre los peligros que corria. Para cubrir Nueva-York, apenas contaba con diez mil hombres, lo cual era bien poco para guardar la bahía y detener al enemigo. «Pero entretanto que yo pueda, escribia al Congreso, juzgar por el lenguaje y disposiciones aparentes de mis tropas, me sostendré. Y aunque el llamamiento á su valor no llegue á producir el feliz resultado que deseo, el enemigo no triunfará sin grandes pérdidas. *Toda ventaja le costará cara.*»¹ Este es el lenguaje de un gran hombre que preve la derrota, pero que está decidido á resistir por mucho tiempo, porque la resistencia es un deber.

¹ Marshall's *Life of Washington*, tomo II, página 395.

Con esa perspicacia tranquila y esa fuerza interior que está tan lejos de la ilusión como del desengaño, Washington había leído el porvenir: el 27 de Agosto los americanos eran batidos en Long-Island; las gentes del Sur se habían portado valientemente. Los demas, reclutas y en una mala posición, no habían podido resistir á las tropas disciplinadas. Washington había permanecido cuarenta y ocho horas á caballo; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: fué necesario evacuar Long-Island y retirarse á Nueva-York, pasando el rio, operación difícil, que pudo ejecutarse felizmente mediante una espesa niebla.

La retirada le hacia honor, pero la situación era deplorable. El ejército, compuesto de milicias, estaba desmoralizado. Los soldados enganchados para un servicio de seis semanas por una gratificación de diez pesos, formaban, según las justas palabras de Washington,¹ «un cuerpo de tropas que llega y se va, sin objeto ni razón, obra en donde y como le conviene, absorbe vuestras provisiones, agota vuestras municiones y acaba por abandonaros en el momento crítico.»

«Nuestra posición es de las más tristes, escribía al Congreso. El descalabro que nuestra división ha sufrido, ha desmoralizado nuestras tropas, sembrando en los espíritus el temor y la desesperación. En lugar de decidirse á un nuevo esfuerzo, la milicia está desalentada é impaciente por volver á sus hogares. Hay un gran número de hombres que se han dispersado; regimientos y compañías se van repentinamente..... La insubordinación se hace contagiosa y produce un desprecio completo de la disciplina y de la obediencia.»

«Con un profundo disgusto, pues, me veo obligado á indicaros la poca confianza que tengo en la generalidad de mis tropas..... Hasta estos últimos días no dudaba que podría defender Nueva-York, y no dudaría aún si los soldados quisieran cumplir con su deber, pero desespéro de ello.»

«Me es extremadamente sensible dar tan malas noticias; pero en circunstancias tan críticas sería un crimen ocultar la verdad.»

Al mismo tiempo Washington señalaba la causa del mal, que consistía en que no podía contarse con la milicia. Importaba tener tropas regulares enganchadas por largo tiempo; es decir, un ejército permanente, al menos durante la guerra, reclutado según la costumbre in-

¹ Carta de 20 de Diciembre de 1776.

glesa, por medio de primas, pues de otra manera la libertad estaba perdida.

El Congreso resolvió que se levantaran ochenta y ocho batallones; pero eran batallones *escritos* é importaba algo más serio para detener á los ingleses.

Después de este primer acontecimiento, el general Howe volvió á sus ideas de pacificación. Entre los oficiales prisioneros de Brooklyn se encontraba el general Sullivan, á quien envió bajo su palabra al Congreso de Filadelfia con un mensaje verbal. Según esta comisión, Howe decía que no podía tratar con el Congreso, ni reconocerlo; pero que deseaba tener una conferencia con algunos de sus miembros, á quienes consideraría como simples particulares, recibéndolos en el lugar que quisiera indicarse. Como iban á entenderse en un momento en que todavía no se daba un golpe decisivo, ninguna de las partes podía decir que se veía obligada á aceptar un arreglo. Si el Congreso, agregaba, está dispuesto á tratar, podría y aun debería acordar algunas cosas que no se le habían pedido, y que si después de las conferencias se veía posible el arreglo, reconocería la autoridad del Congreso, sin cuyo acuerdo nada sería definitivo.

El Congreso contestó que siendo representante de Estados libres é independientes, enviaría á algunos de sus miembros no como particulares, sino en comisión para conocer los poderes y las proposiciones del almirante. Los tres comisarios elegidos por el Congreso fueron Franklin, John Adams y Eduardo Rutledge, de la Carolina del Sur, partidarios de la independencia y enemigos de la Gran Bretaña.

El 11 de Setiembre de 1776 se verificó la conferencia en Staten-Island, en frente de la ciudad de Amboy. Lord Howe recibió á los comisarios con una gran política; pero se estaba lejos de aquel tiempo en que Franklin y lord Howe pasaban alegremente sus veladas en Londres frente al ajedrez de Miss Howe. El informe dirigido al Congreso por los comisarios, demuestra toda la resolución que había en el corazón de los americanos.

«Hemos dicho á su señoría que no debía contar con que la América volviese á la dominación de la Gran Bretaña. Hemos recordado el pasado; las humildes y frecuentes peticiones dirigidas por las colonias al rey y al Parlamento, vistas con desprecio, y que no habían re-

cibido mas que respuestas insultantes; la paciencia inaudita que mostramos bajo este gobierno tiránico. Hemos agregado que para declarar nuestra independenciam, hemos esperado los últimos actos del Parlamento que nos declaran la guerra y nos ponen fuera de la proteccion del rey. Esta declaracion ha sido pedida por el pueblo de todas las colonias y aprobada por todos; las colonias se miran como Estados independientes y han, en consecuencia, establecido su gobierno. No está, pues, en el poder del Congreso tratar por ellas y volverlas á la dependencia. No es dudoso que las colonias se inclinan á la paz, y que concluirán con la Inglaterra un tratado ventajoso para ambos países. Si su señoría no tiene poderes suficientes para tratar con nosotros como Estados independientes, puede pedirlos á la Inglaterra, bajo el concepto de que el Congreso no obtendrá de las colonias su consentimiento para someterse.»

De esta manera acabó la conferencia; ¹ los comisarios estaban seguros de que lord Howe no tenia poder mas que para acordar un perdón general á los americanos si volvian á la obediencia. El Congreso mandó publicar todo lo que habia pasado en este negocio para conocimiento del pueblo de los Estados- Unidos.

No habiendo esperanza por parte del Congreso, lord Howe dirigió una nueva proclama al pueblo americano, condenando las pretensiones de independenciam, que calificaba de extravagantes é inadmisibles; prometia la derogacion de las leyes y medidas de que las colonias se quejaban; garantizaba la libertad de legislacion interior, y aconsejaba á los habitantes á reflexionar seriamente sobre si valia mas volver á la union de la Gran Bretaña, que sacrificar sus bienes y sus vidas á una causa tan precaria como injusta.

Esta proclama, y sobre todo los desastres de la campaña de 1776, decidieron á cierto número de personas, en Nueva-York especialmente, á reconocer al gobierno inglés y el poder del Parlamento. Entre estos tráfugas hay un nombre notable, el de José Galloway, que en 1774 habia sido enviado al Congreso por la Pensylvania.

¹ Al terminar lord Howe asegura á su antiguo amigo el Dr. Franklin, que le causa profundo disgusto tener que desagradar á personas á quienes tanto habia estimado. «Doy las gracias á su señoría, contestó Franklin, por este buen sentimiento: por su parte los americanos procurarán disminuir vuestra pena, cuidando por sí mismos de lo que les concierne.» [*Washington Irving*, página 592.]

En una guerra civil no hay lugar para los neutrales; Solon tenia razon de exigir que en este caso cada uno tome su partido. La América estaba dividida en dos campos; los patriotas, que eran la inmensa mayoría, y los *torys*, partidarios de la obediencia ó amigos de la Gran Bretaña; y de una y otra parte habia un ódio profundo. Ciertamente que no hay alma mas bella y mas humana que la de Washington: la víspera de la batalla de Long-Island se le vió preocupado por hacer salir de Nueva-York á las mugeres y á los niños, y por auxiliar á los viejos, á los enfermos y á los hombres sin trabajo; pero Washington jamas perdonó á los *torys*, ni tuvo escrúpulo en apoderarse de sus personas y sus bienes. Puede juzgarse por esto cuál era la animosidad de un pueblo sumido en la desesperacion. Los americanos tenian en la boca el dicho de Cosme de Médicis: «Dios nos ha ordenado perdonar á nuestros enemigos; nada dice de nuestros amigos.» ¹ Permitido es creer que se iba demasiado léjos.

Las negociaciones habian retardado, pero no impedido las operaciones de la guerra. El 14 de Setiembre el ejército inglés, con ayuda de la flota, pasó el rio del Este buscando un punto de desembarque en la isla de Nueva-York. Encerrar el ejército en la isla era acabar la guerra de un golpe. Las milicias americanas huyeron presas de un terror pánico. «Yo hice todo lo que pude para reunir las y volverlas al fuego, escribe Washington; ² pero todo fué en vano; á la aproximacion de un pequeño cuerpo enemigo, compuesto de sesenta ó setenta hombres, el desórden creció y nuestros hombres desaparecieron en la mas grande confusion, sin disparar un solo tiro.»

Fué entónces, segun se dice, la única vez en que Washington perdió su acostumbrada sangre fria. «Su Excelencia, escribe el general Greene, estaba tan indignado de la conducta infame de sus tropas, que no pensaba mas que en morir.» ³ Fué preciso que sus ayudantes de campo tomasen la brida de su caballo y lo llevasen por una direccion opuesta.

Su profundo dolor se percibe en la carta escrita el 16 de Setiembre al presidente del Congreso. «Estamos ahora acampados en la alturas

¹ Lord Mahon. Tomo VI, página 88.

² Carta al presidente del Congreso, de 16 de Setiembre de 1776.

³ Lord Mahon. Tomo VI, página 120. Correspondencia de Washington, carta de 16 de Setiembre citada.